

Cuatro destinos para Fidel Castro

CARLOS ALBERTO MONTANER

Fidel Castro se ha encasillado en un solo papel. Lleva tantos años representándose a sí mismo, con barbas, uniforme verde oliva y ademán de guerrillero heroico, que no consigue cambiar el vestuario y aprenderse otro guión. Lleva tantos años de mandamás, de Júpiter Tenante, que nadie se lo puede imaginar en guayabera, tomando un autobús, paseando un perro o escribiendo sus memorias en una aldea gallega. A fuerza de repetirse, el pobre hombre ha acabado por convertirse en prisionero de su imagen. Y lo van a matar de un tiro en la nuca o va a desatar una catástrofe en su país, porque es incapaz de ejercer de otra cosa que no sea de *Máximo Líder*. Obviamente, estamos ante un personaje limitadísimo. Su terquedad no es la muestra de una hidalga manera de entender el mundo, sino la prueba de su pobre registro espiritual. (Espero, cuando se muera o le maten, que le done el ego a la Universidad de La Habana. Esa cosa monstruosa hay que estudiarla de cerca.) No obstante, pese al generalizado pesimismo que despierta la tarea de educarlo, todo el mundo está de acuerdo en que la solución del problema cubano pasa por modificar el role de Castro. Aquí

van los cuatro destinos que acaso le depare la vida.

Comencemos por el más improbable. El que Castro quisiera. Se trata -claro- de una ligera variante. Castro sueña con seguir siendo el mismo de siempre, pero no ya como punta de lanza de la revolución comunista, sino como su último baluarte. Castro quiere resistir lo su-

ficiente como para ver el desplome del capitalismo y la resurrección de las ideas marxistas. En sus momentos más delirantes se contempla a sí mismo mucho más viejo, a punto de morir sentado en su trono, mientras un coro planetario, visto a través de CNN, entona un *mea culpa* y admite la infinita sagacidad del gran estadista cubano.

Algo de esto está implícito en sus últimos análisis de la situación mundial. Castro quiere creer que Occidente, y en especial Estados Unidos, están al borde del colapso económico. Es un disparate, pero le resulta útil. Así puede explicar mejor su loca posición política. Todo un caso de razonamiento paranoico. Algo que hay que examinar desde la psiquiatría. La politología, sencillamente, no entiende de estas cosas. Los castristas, sin embargo, no creen una palabra de lo que Castro dice. Los castristas quieren reformas, pero saben que para eso tienen que quitar a Castro de la vía.

Los reformistas de su régimen quisieran relegarlo al papel de

«Fidel lleva tantos años de mandamás que nadie se lo puede imaginar en guayabera, tomando un autobús o escribiendo sus memorias en una aldea gallega. A fuerza de repetirse, ha acabado por convertirse en prisionero de su imagen.»

reina madre. Sueñan con instaurar un *premier ato* que gobierne y dejar a Fidel como símbolo de la patria en el último cuarto de la casa de gobierno, para sacarlo a pasear en ciertas fechas señaladas como a un santo de palo. Pero, mientras tanto, que gobiernen el hermano Raúl, Carlos Aldana, Os-mani Cienfuegos y el resto de un infinito etcétera que incluye,

prácticamente, a todos los miembros prominentes del aparato de poder, puesto que Fidel se ha quedado absolutamente solo en la defensa a ultranza del inmovilismo. Eso no quiere decir que los reformistas sean demócratas *in pectore*, sino que saben que para prolongar el placer de gobernar hay que hacer modificaciones sustanciales. Casi todos ellos quisieran, por ejemplo, acogerse al modelo chino: pequeña propiedad privada, mercados libres campesinos, fin de la planificación y grandes dosis de palo y tentetieso, porque el comunismo asiático tiene muy poco que ver con la apertura democrática. Es una variante bastarda de la economía de mercado, sin vínculo alguno con la democracia liberal. El tercer escenario posible es el de la conspiración palaciega. Estos son quienes quieren que Fidel represente el papel de cadáver exquisito. Y el riesgo de la degollina aumenta en la medida en que Castro se niega a efectuar reformas. Es difícil creer que Raúl formaría parte de un intento golpista contra su propio hermano, pero hay suficientes evidencias que demuestran la absoluta fatiga de los mandos militares, especialmente tras el fusilamiento del general Ochoa en 1989. Incluso ya se conoce la consigna que suele repetirse en los cuarteles: «Para salvar a la revolución hay que sacrificar a Fidel y a Raúl.» Y

luego viene la explicación: los logros revolucionarios -de acuerdo con este análisis- se centran en la salud y la educación. Y ambos avances corren el peligro de desaparecer por la insistencia de Castro en mantener un sistema incapaz de generar la riqueza que requieren unos vastos y extendidos sistemas de sanidad e instrucción públicas. Es decir: los golpistas ya tienen una coartada ética para descabezar de un tajo a quienes obstaculizan la felicidad del pueblo. En ese complot los Castro serían liquidados por *contrarrevolucionarios*. *Modelo español de transición.*



«Estamos ante un personaje limitadísimo. Su terquedad no es la muestra de una hidalga manera de entender el mundo, sino la prueba de su pobre registro espiritual.»

El cuarto escenario es el menos probable, pero es el que les gustaría ver a personas como Carlos Andrés Pérez, Felipe González o José María Aznar. En ese idílico (pero no imposible) guión, Castro despierta de su sueño estalinista, rompe su autismo ideológico, se compra una guayabera y se convierte en su propio Adolfo Suárez. Me explico: Castro acepta la inevitabilidad del fin del régimen y crea las condiciones para una transición pacífica hacia la democracia, dándole cabida a la oposición no marxista y pactando con ella el calendario y la fórmula para iniciar una nueva etapa en la historia de la isla.

En ese *modelo español de transición* habría garantías para todas las partes, un acuerdo de borrón y cuenta nueva para los crímenes, delitos y agravios del pasado, y un espacio para cada fuerza política, incluida la del muy debilitado Partido Comunista. En ese escenario Castro seguramente perdería el poder, pero -como sucede con Daniel Ortega en Nicaragua- quedaría agazapado tras la urna, a la espera de una segunda oportunidad. En ese caso, la historia le absolvería, pero en apelación y sin demasiado entusiasmo. Por supuesto, nadie tiene la menor idea de por dónde van a ir los tiros o los votos. Lo

fascinante de nuestra época es que cualquier previsión política no deja de ser pura especulación difícilmente verificable en la realidad de los hechos. Sin embargo, no debe haber duda alguna de que el castrismo llegará a su fin en un plazo no muy largo, impulsado por la imparable crisis económica, por la deslegitimación del marco teórico y por el absoluto descrédito de la clase dirigente. Uno de esos destinos, o cualquier otro, acabará por imponerse^